

UNA ABSTRACCIÓN A CONTRALUZ

Teresa Pereda

Mi obra parte de la intuición y la observación. Me pregunto e investigo; busco develar aquello que nos mira y nos dice secreta y silenciosamente. Ahondo en los elementos agua y tierra, en el interior mismo de las imágenes. Me circunscribo a lo elemental y a lo esencial de la materia que hace al ser humano.

Recurro a la abstracción como estrategia para interrogarme de manera crítica acerca de algunas cuestiones del día a día en América Latina. El lenguaje con el cual trabajo está ligado a una dualidad de mundos que conviven en conflicto, campo magnético de atracción y repulsión que nos fracciona. Elijo la tierra como material de trabajo, por ser portadora de contenidos simbólicos e ideológicos que reseñan los valores más profundos de nuestros pueblos americanos, tanto en el universo cosmogónico precolombino como también, y de un modo dispar y conflictivo, en nuestra América popular: indígena, mestiza y criolla. Mediante la acción de recolectar y restituir tierras, me remito al antiguo concepto de reciprocidad, que es uno de los organizadores principales que rigen las relaciones sociales de los pueblos indígenas, comunidades en las que pequeños actos sagrados presiden la vida cotidiana, para quienes resulta irreversible y tenaz la búsqueda del equilibrio, aquella condición primordial, capaz de articular la delicada correspondencia con cada parte del todo: individuo, comunidad, universo y sacralidad.

En este contexto, la tierra es materia de pertenencia, de reunión y de identificación comunitaria, donde todos quedamos igualados. Entre-cierro los ojos. La tierra devastada me reclama. Parpadeo. Los contornos se desdibujan. Percibo un *contraluz* entre dos mundos enfren-

tados por una contraposición cultural que nos hiere nuestra esencia. Desde hace veinticinco años llevo adelante, en mi propio hacer, el intento de unir, entrelazar, conocer y aprender. Recupero y transito un ritual ancestral-originario, mi piel se extiende y disuelve en la tierra, en tanto mi propio cuerpo se regenera y sana.

Una marca azul

La infancia es un universo completo en sí mismo, y nunca ceso de recordarla. Es como si fuese mi libro escuela. Puedo señalar dos experiencias fundantes. Dos hechos que me marcaron.

Uno de ellos se relaciona con mi abuela, que tenía capacidades para la rabdomancia. Yo era muy chica; recuerdo estar caminando con ella y ver cómo la horqueta que llevaba en sus manos bajaba; a mi vez, yo la tomaba y ocurría lo mismo. Con ella compartí esta experiencia que, de alguna manera, prosperó en mi trabajo sin yo buscarlo conscientemente.

El otro hecho se remonta a mi adolescencia, el día en que, participando de una ceremonia ancestral mapuche junto con mi tía, me señalaron con la *marca del viento*. Me pintaron las mejillas de azul, que es un color sagrado... ¿por qué me pintaron? No me lo explicaron y tampoco lo pregunté. Esa marca azul resultó un hecho mágico que me inició en un camino y me permitió ingresar a un mundo que estaba aparte.

Con el paso del tiempo me vinculé más estrechamente con el mundo indígena desde un compromiso personal. Integro, desde hace quince años, la comunidad *günün ã küna* mapuche Vicente Catrunao Pincén, que se encuentra abocada a un proceso de reetnización y reconstrucción comunitaria. Con este fin distintos miembros de la comunidad viajamos dos veces al año para tomar parte en dos rogativas o *Nguillatún* realizadas en las comunidades picunches del norte del Neuquén. La participación en ellas permite la recuperación y el aprendizaje del amplio y complejo ceremonial-ritual. La comunidad

Pincén me ha elegido para ser partícipe; esto significa ser una “hermana”. En contrapartida, he asumido determinadas obligaciones. Uno de los roles que me ha sido asignado es “sacar el *tayil*” —canto sagrado de las mujeres—, que fortalece el quempeu de los bailarines de la propia comunidad. Me involucro entera en este proceso. Es mucho el tiempo compartido, simplemente estando...

El tránsito entre el arriba y el abajo

El sentido de la experiencia estética que propongo en mi trabajo está en consonancia con este proceso que voy transitando. Me encuentro aquí por la elección de un camino espiritual, pero a la vez se trata de un campo de trabajo, aprendizaje y construcción que involucra mi persona, mi obra y mi quehacer como artista. Para llevar a cabo mi trabajo me permito entrar en los ciclos naturales y en el tiempo originario, que es muy distinto del nuestro. Junto a los hermanos indígenas aprendo lo que no puedo conocer en otros lugares. Se trata de una contemplación en la acción comunitaria.

Implemento una dinámica que activa un breve desafío. Me desdoblo. Acontece hoy, en tanto sucede mañana. El tiempo justo entre las manos me perturba. Junto las dos orillas de un río y regreso a la montaña. Se hace visible una relación ineludible entre el arriba y el abajo. Entre ese paisaje que veo en la superficie y aquel que está muy por debajo de nosotros, el subsuelo que no vemos en nuestro cotidiano existir. Sobre el suelo recibo viento, lluvia, humedad o escarcha. Debajo, el calor quieto y un silencio cursado por ríos que no percibo con mis ojos. El paisaje se extiende... allí donde acuíferos y napas subterráneas, e incluso chimeneas volcánicas, se conectan con el núcleo de la tierra.

Sumerjo el papel. Y mientras el agua lo transita, minúsculas partículas de tierra y polvo se desplazan, reposan... para luego decantar, lentamente, cuando la aquieto. Hago posibles —en pequeña escala— desbordes, tsunamis, aluviones, maremotos, erupciones, remociones

de masas. Queda su huella opaca, abismal y enigmática. Perdura el sedimento y la pluralidad del tiempo. Portadoras de memoria geológica, las obras absorben el cuerpo mismo del paisaje, en tanto resultan la representación abstracta del propio suelo.

Una vitalidad abstracta

La abstracción contemporánea y su esencialidad como campo expandido de la realidad me han posibilitado implementar estrategias liberadoras. Mi quehacer está marcado por la dinámica vinculante de poner en contacto elementos esenciales; puntos geográficos, a partir del trazado de itinerarios, y personas, en el intercambio de tierras, en los gestos de entregar y restituir, de tender y ofrendar.

Me remito a la *tierra*. Esta genera una energía dual y en movimiento que hunde sus raíces en el pasado y presente originario, y continúa activando el presente. Posee la capacidad de producir y albergar tanto lo vivo como lo muerto, lo femenino como lo masculino, complementándose en inestable unidad y conformando una totalidad.

Polvo, suelo, tierra. Superficie áspera y permeable, abismal y enigmática. Hablo con la materia, ella me escucha y, en tanto se comporta, me contesta. El rastro perdura. Esto me ayuda a hacer el tránsito y asumir cierta magia por suceder.